

En la actualidad

Para atusarse bien el bigote hay que tener dos cosas: paciencia y un buen peine. Aurelio Fonte tenía uno de los buenos: pequeño, negro y de plástico duro. Cualquiera se hubiese sentido orgulloso de un peine así, lo suficiente como para llevarlo siempre encima, en el bolsillo de la camisa, asomando un poco, que se viera. Que los demás lo vieran. Pero Aurelio Fonte no era un hombre presumido, y aunque muchos de sus paisanos herreños gustaban de lucir tan versátil artefacto, él solo lo usaba en casa, en el baño de su dormitorio, ese que compartía con Rosita Padrón desde hacía ya más de treinta años. Frente al espejo, alisaba con paciencia los rebeldes pelos del bigote una y otra vez, una y otra vez, dedicándole tiempo y esmero. Llevaba bigote —barba no, solo bigote— desde poco después que sus padres le permitieran usar pantalones largos, y es que, a fin de cuentas, en El Hierro tres cosas determinaban la transición social hacia la adolescencia: el bigote, los pantalones largos y el tabaco. Aurelio Fonte tuvo los tres al poco de cumplir los dieciséis años, porque ya incluso con quince era todo un muchacho alto y delgado, con la frente despejada y una abundancia de pelo en la cabeza que sería la delicia de todos a cuantos peluqueros visitara a lo largo de su vida.

—¿Qué haces, hijo? —la voz sonó gruesa, desgastada, casi empobrecida. Parecía la de un hombre en retirada, de esos que lo que han de vivir lo han hecho ya y saben que por delante les quedan muchas penas y solo alguna que otra alegría.

—Escribir, papá. ¿Te has dado cuenta que tu nombre tiene todas las vocales? Creo que no hay muchos así.

—Pero, ¿qué escribes? —quiso saber Aurelio Fonte.

—Tu historia, papá. Tu historia. Esa de la que nunca hablas, esa que nunca me has contado. Tus años en El Hierro cuando estalló la Guerra Civil y cómo fue allí la represión franquista.

Aurelio Fonte, a punto de cumplir ya los setenta años, siempre llevaba escondido un cigarrillo en el hueco de la mano derecha, pero el olor a tabaco ya se le había impregnado tanto al aliento que delataba su presencia segundos antes de que apareciera.

—¿Y por qué escribes eso, hijo?

—Porque es una buena historia, papá.

Aurelio Fonte murmuró algo ininteligible y guardó silencio. Los silencios herreños de Aurelio Fonte eran antológicos. Siempre fue un hombre de pocas palabras. Reflexivo y metódico con el lenguaje, hablaba escuchando, como si creyera que lo que decían los demás fuera más importante que lo que él tuviera que decir. Miraba y se quedaba pensativo, porque la boca callaba todo lo que bullía en su cabeza. Sus manos, su mirada, sus gestos se manifestaban por él y, aunque pudiera parecer lo contrario, siempre se hacía entender.

—Pero... —dijo arrastrando las palabras para eternizar aún más esos silencios— ¿qué necesidad hay de escribir sobre todo aquello?

—Solo voy a contar la verdad.

—¿Y a quién le va a interesar que la cuentes?

—A todos los que no la conocen.

Aurelio Fonte volvió a mover la cabeza de un lado a otro en un claro gesto de preocupación mascullando otra palabra que se le quedó atrapada a medio salir y, con las manos cruzadas a la espalda, se dirigió hacia la puerta de la habitación. Desde allí se giró y vio a su hijo cómo consultaba un grueso libro de historia que tenía a su lado y bajaba la cabeza para escribir algo que en ese momento le estaba cruzando por la mollera y no quería que se perdiera en el olvido de las palabras no escritas.

—Ten cuidado con lo que pones en ese libro, hijo. Podrías hacer daño a muchas personas. Algunas de ellas también son tu familia aunque no las conozcas ni hayas tratado nunca con ellos.

—Esto lo hago por las familias de las víctimas, papá. Ellas también tienen derecho a saber lo que pasó, lo que les pasó a sus padres y abuelos. Todo va a estar muy documentado, papá. No te preocupes.

—Sí, lo sé, hijo, pero no es lo mismo que te lo cuenten a que lo leas en un libro con nombres y apellidos. Muchas de las personas a las que vas a tener que nombrar ahí las conocí yo en persona. Algunas aún son amigos míos.

—Todo lo que cuento está basado en hechos reales. Yo solo lo he novelizado.

—Sí, quizás ese sea el problema, que vas a contar la verdad. Una verdad que nos ha costado mucho tiempo olvidar. No sé, hijo, puede ser muy duro descubrir que una persona a la que aprecias resulta que hizo alguna barbaridad durante la guerra. Por eso me preguntaba, ¿vas a usar los nombres reales? Es una novela, podrías inventártelos y así no molestarías a nadie.

—Pero entonces, papá, estaría falseando la verdad. Y no quiero hacerlo. Mi idea es atenerme, dentro de una novela, lo más fiel que pueda a la realidad. Si empiezo por cambiar el nombre a los personajes no solo estaría engañando a los lectores, sino también a mí mismo.

Aurelio Fonte meditó las palabras de su hijo.

—¿A costa del dolor de otros? —le preguntó.

—A costa de la verdad, papá.

El silencio con el que respondió Aurelio Fonte no solo conllevaba una aceptación de la propuesta de su hijo sino una reafirmación de que tenía razón. Sin embargo...

—Sin embargo —dijo temiendo la respuesta de los que no estuvieran de acuerdo— dar nombres... No va a gustar a muchos.

Hizo ademán de marcharse de nuevo, pero se quedó. Todavía tenía algo más que decir. Aurelio Fonte también era un hombre de andares lentos, que arrastraba los pies como arrastraba las palabras. Las manos cruzadas a la espalda y la mirada perdida en algún pensamiento que se le escapaba sin poder atrapararlo. Esa forma de caminar sin camino, que parecía que ibas cuando en realidad volvías, la había heredado de su padre, Benigno Fonte.

—Ponte en su lugar, hijo. ¿A ti te gustaría leer en un libro que yo hice monstruosidades durante aquellos años, que torturé a gente, que maté a alguien?

Su hijo no tuvo que pensarlo mucho. Sabía la respuesta a esa pregunta. Llevaba meses medítandola. Era eso lo que le había motivado a escribir este libro.

—Sí —dijo secamente—. Si hubieras sido un asesino me gustaría saberlo. Necesitaría saberlo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Para poder disculparme con tus víctimas, papá.

Su respuesta le llenó de complacencia y no pudo evitar que se le rayaran los ojos.

—Buscaría a los descendientes —continuó— y les pediría perdón. Una víctima siempre es una persona inocente, papá, mientras que los que firmaron las órdenes de ejecución siempre serán culpables porque actuaron de forma voluntaria.

—Pero han pasado ya muchos años... Aquella época fue muy dura, se hicieron cosas que hoy en día no se entienden. La guerra nos volvió a todos un poco locos. Es fácil juzgarlo ahora pero había que haber estado allí.

—Siempre se puede escoger, papá. Tú no fuiste falangista, tú no torturaste a nadie. Tú escogiste.

—Sí, pero yo no era militar, no estaba metido en política.

—Ya, pero eras un hombre bueno. Quiero decir, no todos los falangistas fueron canallas. La ideología no tiene nada que ver con eso. No se es un abusador por ser de derechas o de izquierdas. Se es un criminal porque se es una mala persona. Eso no te lo da el uniforme, se lleva dentro.

Un nuevo silencio *aureliano* se prolongó por varios minutos.

—Por eso estoy escribiendo este libro, papá. Lo hago pensando en los descendientes de todas aquellas personas a las que los falangistas de El Hierro, que hubo muchos, lo sé, les hicieron daño, porque se merecen saber la verdad, saber quién fue quién y si con alguien deben rendir cuentas, aquí o en el otro mundo.

Aurelio Fonte lo miró y en él se reconoció con una edad que ya no recordaba haber tenido nunca. Su hijo, al verlo dudar, lo tranquilizó.

—Solo voy a contar la verdad, papá.

—A veces lo mejor es dejar las cosas como están. A veces, la verdad es mejor dejarla escondida.

—En este caso no, papá. No en este caso.

Aurelio Fonte sabía que su hijo era un hombre sensato y decidido, y que si se le había metido en la cabeza escribir una novela sobre los años de la guerra española en la isla de El Hierro, él no iba a poder hacer nada para impedirselo. Pero también sabía que lo había educado bien y que su libro además de documentado sería respetuoso con las víctimas, pero también con los verdugos. Y eso era, quizás, lo que más le asustaba. Apagó el cigarrillo aún sin terminar y desde donde estaba miró al mar que se veía a través del patio abierto en su casa de El Tamaduste, en El Hierro. Allí, en la más pequeña y occidental de las Islas Canarias, había empezado aquella historia. Todo lo que querría haber olvidado y ahora su hijo se empeñaba en recuperar de esos mares revueltos que siempre los conforman. Y, con la angustia que da el peso de una carga ajena, concluyó:

—Sin embargo, ellos hicieron lo que hicieron. Y la historia es la que es, y como tal ha de ser contada.

—Papá —le dijo su hijo clavándole la mirada en los ojos—, nos faltan conversaciones que nunca hemos tenido. Quizás esta sea una buena oportunidad.

Entonces él lo miró como quien mira a un extraño, bramó un exabrupto y, sin apenas moverse, se volvió a sumir en sus silencios.

—Mira, papá, para que estés más tranquilo, toma. Esto es cuanto he escrito hasta el momento. Léelo y así te harás una idea de cómo estoy tratando todo el asunto.

Le entregó un manuscrito con cubiertas marrones. Aurelio Fonte lo sopesó en la mano. Pesaba. Sabía que a su hijo no le gustaba dar a leer sus textos antes de que estuvieran corregidos y terminados, y que este era un gesto lleno de confianza. Con una mirada se lo agradeció. Se tanteó los bolsillos buscándose las gafas y se dirigió hacia El Patio. Allí estaba su hamaca, y allí, mirando al mar, era el sitio perfecto para adentrarse en ese mundo real, pero de ficción, que su hijo había creado. Recostado sobre esa hamaca que podía tener tantos años como él, se dispuso a leer. Le gustaba hacerlo allí, porque las pausas

de la lectura, esas que hacía cada pocos párrafos para asumir bien lo que había leído y meditar sobre ello, le permitían alzar la mirada y contemplar el mar. Su mar de infancia, su mar de juventud, su mar de toda una vida. «Cuando muera, ahí es donde quiero descansar, Rosita», le decía siempre a su mujer. Aunque ella, de esas cosas, nunca quería hablar.

Así pues, siguiendo una costumbre que había heredado de su padre Benigno, Aurelio Fonte miró durante unos instantes la tranquila quietud de la inmensidad oceánica, oyó su constante y rítmico romper de olas y cuando notó que su alma ya estaba colmada de mar, abrió el manuscrito por la primera página y comenzó a leer:

Aurelio Fonte nació en la Isla Chica una calurosa tarde del mes de agosto de 1927 como quien dice casi a destiempo...

EL ENFERMERO

2 de abril de 2005

11:35 - A.M.

La hora era la correcta. Y el día también. «Pero entonces —se preguntó Inocencio Quintero algo cabreado— ¿por qué llevo casi media hora esperando aquí afuera?»

El Centro de Salud doctor Guigou, en pleno corazón de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, era un edificio de tres plantas, moderno, cómodo y muy accesible. El Cabildo se había gastado un buen dinero en remodelar y acondicionar el antiguo Hospitalito de Niños para reconvertirlo en un centro médico equipado con todo tipo de prestaciones sanitarias.

Inocencio Quintero, ochenta y cinco años, casado y con cuatro hijos ya todos mayores y bien arrejuntados —que le habían dado casi una docena de nietos— tenía cita con el doctor Ramírez Múgica, su médico de cabecera desde hacía una veintena de años. Carmita Acevedo, su mujer, insistió tanto en que fuera al médico —él que solo había pisado un hospital cuando sus hijos nacieron— que acabó yendo “voluntariamente” y fue gracias a eso que le descubrieron a tiempo un bulto sospechoso en el pulmón derecho que acabó siendo un tumor por sus muchos años de tabaquismo. Se lo extirparon sin demasiadas complicaciones evitando así que el cáncer acabara con su vida antes de lo esperado. Ramírez Múgica, buen médico mejor persona, le devolvió la confianza en la medicina que había perdido desde aquellos años durante la Guerra Civil en que fue testigo directo de las carnicerías inhumanas que se realizaban en los hospitales de campaña por tener que operar con urgencia sin las mínimas medidas de

seguridad ni higiene, amputando por error piernas que estaban sanas o extrayendo restos de metralla incrustados en carne viva sin más anestesia que un buen trago de aguardiente... las veces que había aguardiente.

Dejar el tabaco, después de treinta años fumando hasta dos cajetillas diarias, no le importó. Prescindir de su vasito de vino con las comidas, tampoco. Abandonar las tardes de copas con los amigos, menos. Pero a lo que se negó en redondo fue a reducir la sal y el azúcar, porque después del hambre que pasó en la guerra, prefería morir que comer desabrido o amargo. «De acuerdo —le había dicho el doctor Ramírez Múgica— pero entonces tendrá que venir a hacerse análisis de sangre cada seis meses, y a que le midamos la tensión cada quince días». Y en eso se había convertido su rutina médica durante los últimos veinte años sin que ningún otro achaque importante la rompiera.

Inocencio Quintero, impaciente, miró su reloj. Casi las doce y diez y él todavía allí. No es que tuviera mucho que hacer a esas horas de la mañana pero cualquier cosa era mejor que estar ahí parado. Que uno, pese a la edad, tiene sus compromisos, y hay que ayudar en la casa, que siempre algo estropeado está esperando para ser reparado, que si hay que recoger a la más pequeña de la escuela, que los amigos le están aguardando “para arreglar el mundo” y, ¡hombre!, que el envite no espera...

Y entonces, cuando se abrió la puerta, Inocencio Quintero comprobó que no era Ramírez Múgica quien estaba atendiendo ese día en la consulta número 14 del segundo piso del Centro de Salud doctor Guigou. Extrañado, ni siquiera oyó cómo un enfermero muy joven —«capaz que es un pelele de esos recién salidos de la escuela que está aquí haciendo prácticas», pensó— lo llamaba por su nombre completo.

—¿El doctor Ramírez Múgica no está hoy? —le preguntó nada más entrar.

—No. Se encuentra de viaje. Yo le estoy sustituyendo.

Inocencio Quintero recelaba de la gente joven pues sabía que la experiencia era un grado, pero aquel muchacho —¿qué podía tener, treinta, treinta y cinco años?— parecía que sabía lo que hacía: lo auscultó con el estetoscopio comprobando que

los latidos de su corazón tenían buen ritmo y que sus pulmones sonaban bien; le tomó la tensión con un tensiómetro (12/8); le controló las pulsaciones a la antigua usanza presionándole la arteria de la muñeca y corroborándolo con su reloj de pulsera; confirmó con su historial que no había subido de peso; y, a través de una serie de preguntas formales, se interesó por el estado de salud general del paciente. En total, apenas diez minutos de un meticuloso chequeo que demostraba que era todo un profesional.

Inocencio Quintero estaba tan satisfecho que al despedirse le dio un efusivo apretón de manos. Fue entonces cuando reparó en el nombre que figuraba en la placa identificativa que portaba sobre el bolsillo derecho de su bata: Pedro Fonte. Se quedó helado y notó como le temblaran las piernas. De forma instintiva, buscó un punto de apoyo y tomó cuanto aire, que no fue mucho, pudo albergar en sus viejos y cansados pulmones. Con los ojos rayados y el pecho comprimido por el miedo susurró cual quejido un nombre que hacía mucho tiempo había jurado no volver a pronunciar en la vida.

—¿Es-es usted familia de Pastor Fonte?

—No —le dijo el enfermero—, aunque también procedo de la isla de El Hierro, mi abuelo se llamaba Benigno. Creo que eran primos, aunque en realidad nuestra familia nunca se relacionó con la de ellos.

A Inocencio Quintero le volvió a cambiar la cara. De hecho, el color regresó a sus mejillas y las gotas de sudor frío que recorrían su frente fueron desapareciendo pero, aun así, tuvo que tomar asiento.

—Don Benigno Fonte sí que era todo un caballero. Lo conocí poco, pero tuve ocasión de hablar con él un par de veces. Era muy amable y educado. Tenía un nieto escritor, ¿no?

—Sí —respondió Pedro Fonte con indisimulado orgullo familiar—. Es mi primo Jorge.

—¿Podría dejarme un poco de agua? —le pidió Inocencio Quintero aún con el susto en el cuerpo.

Pedro Fonte se apresuró a servírsela de una botella de plástico que tenía a su espalda y esperó unos instantes mientras veía como su paciente apuraba el vaso hasta el fondo.

—¿Le ocurre algo, don Inocencio? —le preguntó entonces.

Un vaso de agua no iba a ser suficiente analgésico para paliar el dolor interno y el auténtico terror que la sola pronunciación del nombre de Pastor Fonte provocaba en Inocencio Quintero.

—Ese Pastor Fonte —dijo al fin— era un mal hombre, sepa usted. Sí, un hombre muy malo. Un canalla.

Y sin decir más palabras, salió de la consulta y, caminando despacio y murmurando para sus adentros, se fue hacia su casa sabiendo que esa noche los recuerdos de años pasados se iban a convertir en pesadillas.

EL BRIGADA

El cuerpo delgado y la cabeza alargada cual palote del brigada Machín le daban un aspecto rudo que intimidaba a los prisioneros, los cuales no podían sospechar que, al mismo tiempo, allí dentro se escondía un corazón de oro. Estaba al cargo de los presos en el barco-prisión *Porto Pi*, fondeado a las afueras del muelle de Santa Cruz de Tenerife donde esperaban la muerte todos aquellos que por rojos, por rebeldes, por ateos, por masones, por maricones o porque le caían mal a quien no debían, eran considerados enemigos del Estado y, por lo tanto, tenían que ser exterminados. Por allí pasaron cientos, puede que miles de canarios durante los primeros años de la represión franquista tras el estallido de la Guerra Civil Española en julio de 1936 y entre ellos, muchos, habían nacido en El Hierro, la Isla Chica (esa misma que el escritor Víctor Álamo de la Rosa rebautizaría como la Isla Menor). El brigada Machín, falangista convencido (o, tal vez, falangista engañado) sabía cuál era su misión, y por rango y juramento debía cumplir con las órdenes que llegaban desde la Jefatura Militar en el Palacio de la Comandancia Militar de Canarias. Una vez por semana, aunque no era en días fijos, sobre su mesa aparecía una lista con cinco, seis o hasta siete nombres. Él la leía con detenimiento, fijándose bien en los nombres pero, sobre todo, en los apellidos. La mayoría de las veces firmaba la autorización, la doblaba y se la entregaba a su segundo, que era quien se encargaba de cumplir con la sentencia. Pero de vez en cuando, entre los seleccionados, aparecía un nombre que le era familiar. Entonces fruncía el ceño, se ajustaba sus gruesas gafas redondas y se guardaba el papel en el bolsillo de la guerrera. En esas ocasiones su segundo sabía que entre los nombres de la lista de ese día había un herreño, y que

ese día, ese hombre de esa lista, se salvaría de la muerte. Porque el brigada Machín podía ser muy falangista —de los convencidos o de los engañados, lo mismo daba— pero por encima de todo era de El Hierro, natural de la Isla Chica, y bajo su guardia ningún paisano moriría. Se lo había jurado a su esposa, Pilar, y doña Pilar no era mujer a la que se le hicieran promesas en balde.

A la hora señalada, de noche oscura, una pequeña patrulla custodiaba a los presos y los subía a una chalana. Para entonces ya todos ellos sabían dónde iba a acabar ese viaje, las frías aguas del Atlántico serían su tumba: habían sido condenados a morir apotados.

Al subirlos a la pequeña barcaza, los metían con las manos atadas a la espalda en sacos de arpillera a cuyo extremo habían amarrado una gran piedra. Cuando alguno lloraba o protestaba, los guardias lo hacían callar con la sugerencia de sus culatas. Dos soldados remaban hasta que la oscuridad del mar los engullía a todos y, a una milla de la costa, cuando ya sabían que la profundidad de las aguas no había cristiano que la encumbrara, tiraban los sacos por la borda para que el peso de las piedras los hundiera sin que dejaran rastro de ellos, ni prueba viva ni prueba muerta de lo que allí había ocurrido.

Cada viaje era igual: partían siete sacos, ninguno de ellos volvía. Solo cuando los acompañaba el brigada Machín, que no era siempre, variaba el destino de alguno de los condenados. Identificado el saco que pertenecía al herreño, se sentaba sobre él y de ahí, durante todo el trayecto, no había Dios que lo levantara. Mejor aguantar el peso del brigada sobre tus costillas que la presión del agua empapando tus pulmones. De esta forma, el prisionero y sus guardas sabían que, siendo herreño estaba salvado y que gracias a él, regresaría con vida a su celda.

A muchos herreños salvaron las posaderas del brigada Machín, y si en verdad algo tienen estos isleños es que por generaciones son agradecidos. Por eso cuando años después, una vez terminada la guerra (esa que nos dividió en dos Españas) regresó a su tierra chica, raro era el día que a las puertas de su casa no se encontraba con una caja con higos, uvas, ciruelas o duraznos.

A muchos herreños, decía, salvó el culo de aquel brigada —militar, obediente y, seguramente, temeroso de Dios— pero no a todos.

Esta es la historia del hijo de uno de ellos.

Aurelio Fonte nació en la Isla Chica una calurosa tarde del mes de agosto de 1927 como quien dice casi a destiempo. Delfina Padrón, su madre, llevaba más de una semana queriéndoselo sacar de encima, que pesaba el condenado y se movía como si estuviera bailándole dentro del vientre. «Este endemoniado no se está quieto ni un momento —decía—, ni que estuviera persiguiendo a un conejo». Pero Aurelio Fonte se tomó su tiempo, que el parto fue largo, de horas, y Delfina Padrón aguantó los dolores del castigo divino con estoicismo cristiano, que la experiencia le había dado ya dos alumbramientos pero aquellos habían sido de los buenos, de los rápidos, de los de corre que no llegamos, que ya está aquí. Que ni siquiera el primerizo, Benigno, hijo de Benigno y nieto de don Benigno (que de cuán lejos viene esa costumbre tan arraigada en los pueblos de repetir en el primogénito el nombre del patriarca hasta la saciedad), tardó tanto.

Sin embargo, Aurelio Fonte, acorde al que con el tiempo sería su carácter, no tuvo esas prisas porque estaba a gusto en terreno conocido y desconfiaba de lo que hubiera afuera y aún nadie le había presentado. Mariana, la partera, gastó cuantos paños calientes le habían traído, y buen uso hizo también de las sábanas que, manchadas de sangre, no iban a salvarse ni con las fuerzas de un lavado. No había médico cerca. Ni cerca ni lejos, que en aquellos tiempos los niños llegaban a la Isla Chica ayudados por la mano de Dios. Y si Dios no podía, pues andaba a sus quehaceres, don Anselmo, el albéitar, acudía cuando las cosas se complicaban y las parteras no atinaban si el niño venía de costado, con los pies por delante, o con el cordón de la vida mal colocado. Médicos-médicos sí que había, que para eso estaban tanto don Pancho Fuentes como

don Guillermo de la Paz, pero ninguno de los dos atendían nacimientos (que eso era cosa de mujeres y entre mujeres debía resolverse). Tampoco es que don Anselmo supiera mucho de tales cuestiones pero a más de una vaca había tenido que ayudar a parir introduciendo en el animal su brazo, cuan largo era, para poder arreglar el desaguisado que la naturaleza había dispuesto. Aurelio Fonte tardó tanto en nacer que a punto estuvieron de llamarlo, porque los gritos de Delfina Padrón asustado tenían al pobre Benigno Fonte que, esperando en la habitación de enfrente, ni sabía qué más hacer ni dónde meterse y ya hasta por la vida de su esposa empezaba a temer pues todos decían que dos partos tan seguidos era peligroso, y apenas hacía un año que había nacido la pequeña Delfinita. Estaba dispuesto a salir en busca de don Anselmo, que esperando aviso aguardaba tomando unos vinos en el bar de Domingo el tuerto, cuando el llanto de un bebé, rotundo y afinado, detuvo sus pasos anunciándole a él y a cuantos en ese momento pasaban por la calle que el tercero de los Fonte Padrón había decidido dejar de torturar a su sufrida madre porque reclamaba un lugar en este mundo.

Benigno Fonte respiró profundo y dio gracias a un Dios en el que creía poco y del que desconfiaba mucho, y cuando la partera Mariana puso en sus brazos a un bebé de poco más de tres kilos, aún con restos de sangre manchándole la cara, su corazón de herreño noble supo que a este, al tercero, lo iba a querer tanto como a los dos anteriores. Ahí mismo decidió llamarlo Aurelio, en memoria de su madre Aurelia Ayala Blanich (de segundo apellido poco común en la Isla del Meridiano, que lo trajo desde Vic un catalán llamado José Blanich Cumellas). Y esa noche, con la familia casi al completo (todavía faltaría por venir el pequeño Matías) se alegró de haber conocido a su Delfina durante un baile en El Casino de la Villa de Valverde, de haberse enamorado de ella casi nada más verla y de, años después, haber reunido el valor necesario para pedirle su mano en matrimonio al viejo don Teófilo Padrón, que pocos hombres había en la Isla Chica que fueran tan felices como él.

Orgullosa como estaba, la noticia del nacimiento de su segundo varón fue lo primero que escribió en cuanto regresó

a su despacho y se puso a trabajar en la nueva edición del periódico *El Deber*, del cual llevaba años siendo su redactor jefe. Sin duda, esa, para él, sería la crónica más importante del día.

Mientras, abajo, en el patio, alguien había matado una gallina y, tras desplumarla, estaba haciendo con ella un caldo caliente para la recién parida. Aurelio Fonte Padrón nació conjuntado con el sacrificio de un animal de corral que calmó los dolores de parto de su madre Delfina Padrón.

El hijo del apotlado ha sido seleccionado para formar parte de la colección de la Audioteca de Literatura Canaria Actual 2021, organizada por el Instituto Canario de Desarrollo Cultural, S. A. del Gobierno de Canarias.

© del texto: Jorge Fonte Padrón, 2022
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2022
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-9743-968-8
DL: L 304-2022
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.